

Petróleo: energía y miseria*

¿En realidad el futuro desarrollo de la humanidad depende de la energía mecánica?

A la solución de esta interrogante habría que encaminar numerosos estudios, para poder dar una orientación adecuada y racional a los problemas que hoy aquejan a la humanidad entera. Un punto de vista sobre esta cuestión lo constituye el presente libro, del cual destacaremos algunos aspectos.

Al considerarla como eje del desarrollo de la sociedad, el fetichismo de la tecnología ha erigido a la energía mecánica como la solución de todos los problemas. Hoy vemos a qué ha conducido esta consideración: derroche de energía, desarrollo y reparto desigual de la riqueza, con su mismo enajenante olvido de una verdad científica que la mitología del industrialismo pretende ocultar: la humanidad construyó su historia a partir de la energía termodinámica engendrada por la propia actividad física y cerebral del hombre en sociedad.

chismo de la tecnología ha erigido a la energía mecánica como la solución de todos los problemas. Hoy vemos a qué ha conducido esta consideración: derroche de energía, desarrollo y reparto desigual de la riqueza, con su mismo enajenante olvido de una verdad científica que la mitología del industrialismo pretende ocultar: la humanidad construyó su historia a partir de la energía termodinámica engendrada por la propia actividad física y cerebral del hombre en sociedad.

* Juan Carlos Ferrari. *La Energía y la Crisis del Poder Imperial*, Siglo Veintiuno Editores, Buenos Aires, Argentina, 1975, 336 pp.

El problema es más grave aún, si consideramos la situación prevaletante en la Unión Soviética, tal parece que tienden a adoptar también como base de su desarrollo la energía mecánica, con las mismas características que los países industrializados de Occidente.

Esto es grave, pues si los países socialistas deben orientar todos los instrumentos de desarrollo en beneficio exclusivo del ser humano, no se vislumbra cómo han de lograrlo si siguen el mismo esquema de desarrollo de los países capitalistas industrializados.

El autor llegó a las anteriores reflexiones teniendo como premisa que "por encima de cierto nivel de utilización, la energía mecánica corroe y corrompe los fundamentos de la sociedad" (p. 23).

Continúa su estudio haciendo un análisis pormenorizado de los «personajes» centrales que intervienen en la problemática de la energía mecánica (hoy petróleo es sinónimo de energía mecánica): los estados industrializados, los países productores y las corporaciones petroleras (poder corporativo).

a) Estados industrializados

Desde el fin de la segunda guerra mundial, el petróleo pasó a ocupar un rol predominante en las estructuras productivas de todos los estados industrializados. En 1970, la Unión Soviética, Estados Unidos, Canadá, Europa y Japón, que sumaban menos del 20% de la población mundial, consumieron el 93% de los re-

curso de energía mecánica producidos en el planeta.

Un segundo factor importante en la industria del petróleo indica que ésta aparece dominada y controlada casi exclusivamente por Estados Unidos, creando su propio esquema de dominio, subordinando a los demás países industrializados.

Desde esta perspectiva, la continuidad del proceso de desarrollo de los países industrializados, "a partir de la utilización exclusiva de las fuentes de energía mecánica, exige que se cumplan tres leyes básicas:

- 1) la disponibilidad de recursos energéticos debe ser compatible con las necesidades estratégicas de desarrollo;
- 2) la oferta de recursos energéticos debe cubrir la demanda paralelamente al desarrollo de ésta; y
- 3) la demanda de energía mecánica puede superar los límites de la oferta sólo y cuando la *disponibilidad* supere tanto a una como a la otra (p. 69).

Como se ve, parece que los países industrializados han caído en una trampa de la que les será sumamente difícil —sino imposible— salir, pues históricamente estas tres premisas nunca podrán coincidir para asegurar igualmente un desarrollo equilibrado y compatible con modelos ideales (p. 69).

b) Países productores

El autor hace aquí un análisis sumamente interesante de cómo es que se llegó a conformar el imperio de la energía en los países productores de petróleo en las regiones de América Latina, África y en el Medio y en el Lejano Oriente.

En cada región y en cada país se da una respuesta diferente a la penetración de las corporaciones petroleras, respuesta que obedece a una situación histórica, cultural y social, propia de cada país.

Tres casos son dignos de meditar: India, Libia e Indonesia, sobre todo el del segundo país, "Libia, «un camello con la joroba de oro» según la gráfica descripción de empresarios occidentales que pasaban fugazmente por Trípoli" (p. 197). "Los méritos de Libia, al decir del autor [...] no consisten en haber lanzado una política consecuentemente nacionalista en materia petrolera, sino en haber articulado su nacionalismo en forma permanente en función de las relaciones de fuerza y de las distintas situaciones que fue presentando la industria mundial en cada etapa del enfrentamiento" (p. 199).

c) Poder corporativo

La civilización, tal como la conocemos, ha sido creada en torno al condicionamiento que su propia dinámica le ha impuesto como espacio económico-político del imperio de la energía mecánica, valga decir, del imperio del petróleo.

El petróleo, como fuente de

energía mecánica, se ha convertido en el origen del poder corporativo, y éste en el fundamento de la actividad estatal-imperialista.

El desarrollo del poder corporativo multinacional puede rastrearse a través de la crónica de la industria del petróleo, tanto en los países del «Tercer Mundo» como en los modernos estados industrializados.

El petróleo, como cualquier mercancía, va tan lejos y sirve para tantas cosas como lo determinan los límites del poder que establece el interés corporativo: "...el petróleo no es más que el resultado del encuentro entre el dólar y las capas geológicas sedimentarias" (p. 282).

Las premisas reales sobre las que se fundó el desarrollo corporativo de la industria de la energía —nos dice Ferrari— fueron: "...un poder político totalitario —en la medida que totalizaba como experiencia social de dominio una realidad sólo corporativa—, un desarrollo tecnológico condicionado por las necesidades de aquel poder y una estructura jurídica que eliminó la libertad civil en la misma medida en que fijó los límites de responsabilidad en que cualquier sociedad comercial podía ejercer sus actividades" (p. 244).

El carácter corporativo de una empresa deriva de que los fines que se propone y los objetivos que se plantea están exclusivamente condicionados por intereses sectoriales. Su condición de vida reside en la capacidad efectiva de retener el dominio global de las con-

diciones históricas y sociales que permiten el funcionamiento de las leyes de ganancia.

Como la economía del petróleo supone un universo productivo que exige el control de todas las operaciones básicas de la industria, también exige crear su propio espacio político para desarrollarse totalitariamente.

Así, las corporaciones petroleras, como unidades productivas integradas verticalmente, integraron a su universo las sociedades (los países productores y el «Tercer Mundo» en general) en que se insertaron. Y esa integración no podía ser más que una relación de dominio político y opresión imperialista, frenando así el libre desarrollo histórico de esas sociedades.

Aquí es necesario añadir algo muy importante: El poder corporativo se pudo consolidar gracias a que existía o se fue creando un cierto consenso social a su actividad, sobre todo por parte del estado. Y esto era así debido a que la transferencia de energía de los países coloniales —vía corporaciones— hacia las metrópolis, permitía que las mismas metrópolis estuvieran en condiciones de programar sus propios proce-

dos políticos y sociales. Un dato nos servirá para ilustrar esta cuestión: en 1967, *los estados consumidores de petróleo percibían a través de los impuestos indirectos y los impuestos directos a las corporaciones petroleras el 47.5% del precio final de un barril de crudo colocado como carburante en el mercado* (p. 305).

Finalmente, una crítica que habría que hacer al autor es que aún no ha captado en su esencia los conceptos teóricos que utiliza el marxismo para el análisis científico de la sociedad. Esta deficiencia lo lleva a utilizar términos tales como «izquierda imperial», «socialismo de estado», «marxistas liberales», etcétera, sin definir nunca que entiende por esto. Por lo demás es un libro interesante. Bien pudiera ser un buen comienzo para comprender el tan publicitado problema de la «crisis de la energía». Es un libro bien documentado, sus análisis son exhaustivos y, lo que nos parece mejor, que es un libro que nos motiva a reflexionar sobre el futuro de la humanidad. ¿Es realmente el industrialismo, basado exclusivamente en el uso del petróleo, un mito como modelo de desarrollo? SAÚL FLORES.